

bra, sino porque su defensa de las Luces franco-kantianas se hace no como una apología, aunque el tono pueda confundir, sino con un fundamento teórico que no cae en la tentación de elevar a categoría unos hechos que no están determinados por ella, sino por la acción y la responsabilidad, política y social, de sus actores. De la ilustración franco-kantiana lo que se deriva, según la tesis fuerte defendida en este libro, es la libertad y la reivindicación de la radical igualdad de los hombres. Una libertad e igualdad inmanentes, que no precisan de trascendencias ni de legitimaciones externas y en la que en modo alguno está escrito el totalitarismo como resultado. Este libro, que reivindica la fuerza de la palabra y la teoría, es una exposición de la responsabilidad de los intelectuales, es decir, de los seres dotados de razón y de capacidad de articularla en la palabra pública, tanto por su acción como por su omisión. Es un libro que conviene leer, despacio y, por supuesto, críticamente.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BERLIN, ISAIAH: *Vico and Herder: Two Studies in the History of Ideas*. London: The Hogarth Press, 1976.
- KANT, EMMANUEL: *¿Qué es la Ilustración?*, 1784.
- LÓPEZ ALONSO, CARMEN: «El intelectual y el compromiso político. Entrevista a Zeev Sternhell.» *Historia y Política*, nº 5 (2001): 209-216.
- STERNHELL, ZEEV: *Aux Origines d'Israël : Entre nationalisme et socialisme*. Paris: Fayard, 1996.
- *La droite révolutionnaire, 1885-1914 : les origines françaises du fascisme* Nouv. éd. augm. d'un essai inédit. ed. Paris: Fayard, 2000.
- *La France entre le nationalisme et le fascisme*. Vol. 3 vols. Paris: Fayard, 2000.
- *Maurice Barrès et le nationalisme français*. Paris: Fayard, 1972.
- *Ni droite, ni gauche : l'idéologie fasciste en France*. Paris: Fayard, 1983.
- STERNHELL, ZEEV, MARIO SZNAJDER, and MAIA ASHÉRI: *Naissance de l'idéologie fasciste* Paris: Fayard, 1989.

*Carmen López Alonso*

VALERIE KIVELSON: *Cartographies of Tsardom. The Land and Its Meaning in Seventeenth-Century Russia*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2006, 263 págs.

Aunque ha pasado ya más de un siglo desde que un pensador profundo, Piotr Chaadaév, afirmara que una de las importantes claves del destino histórico de Rusia se encontraba en el análisis del «factor geográfico», son pocos los estudios que se han realizado sobre el impacto de la geografía en el devenir de la sociedad rusa. Sin embargo, basta con echar una ojeada al lugar que corresponde a la nación rusa en el mapamundi para plantearse múltiples interrogantes.

Incluso después de la desaparición de la URSS, Rusia sigue siendo el país más grande del mundo (una sexta parte de la superficie terrestre), extendiéndose a través de diez zonas horarias y dos continentes. ¿Cómo ha podido un pueblo ocupar este inmenso territorio, tomando en cuenta además las condiciones climáticas extraordinariamente duras de esta parte del planeta? ¿Cómo supo ese pueblo controlar y asimilar esos espacios helados de una forma tan eficaz que Siberia, aunque situada geográficamente en Asia, no es otra cosa que la continuación de la Rusia europea, sólo que mucho más grande y algo más provincial? ¿Cómo logró integrarse este gigantesco país de forma que ni en las peores crisis (la revolución, la guerra civil, la guerra mundial o el desmembramiento de la URSS), y en contra de todos los pronósticos foráneos, la mayor parte de sus territorios nunca consideraron la posibilidad de separarse del centro?

Por último, ¿cuál es la relación entre esta enormidad espacial y el carácter de la civilización rusa?

Algunas de las claves que permiten comprender la lógica de la integración social y espacial del imperio ruso se encuentran en la nueva monografía de la historiadora americana Valerie Kivelson. Al igual que sus anteriores trabajos, este estudio, que explora el «pensamiento espacial» de la sociedad rusa del siglo XVII, es admirable por su rigor y originalidad.

Aquel siglo comenzó con una terrible contienda civil, seguida por una invasión extranjera. La catástrofe rusa fue ampliamente comentada en toda Europa, e incluso inspiró dos obras maestras del teatro español: *El gran duque de Moscovia* de Lope de Vega y *La vida es sueño* de Calderón de la Barca. Sin embargo, ya en la década de 1640 la crisis era sólo un recuerdo, y la expansión rusa hacia el este, que había comenzado un siglo antes, llevó los confines del país a las orillas del Pacífico. En 1654 también la frontera occidental fue modificada: Rusia había ganado la guerra contra Polonia por el dominio de Ucrania. Casi simultáneamente, Rusia participaba por primera vez en la gran política europea, actuando en 1648 como garante de la paz de Westfalia. Como dijo Carlos Marx, una mañana Occidente se despertó y descubrió de repente que tenía un vecino poderoso.

No obstante, aquel complicado e intenso siglo de la historia rusa dejó un número relativamente pequeño de fuentes (si lo juzgamos según los estándares occidentales), lo que ha obligado a los historiadores a dar crédito a los testimonios de los forasteros sobre Moscovia. La veracidad de estas opiniones ha sido cuestionada, ya que en su mayoría se trataba de testimonios de unos pocos viajeros occidentales que con frecuencia no entendían el ruso, ignoraban la cultura y la lengua del país y tenían un contacto limitado con sus gentes, o, en el mejor de los casos, de los escritos de los renegados rusos, quienes, tras haber traicionado a su patria, por razones fácilmente comprensibles resaltaban los aspectos negativos del país. Aun así, la escasez de otro tipo de fuentes, el llamado «silencio de Moscovia», ha obligado a dar a estas opiniones un peso mayor del que merecían.

El gran mérito de Valerie Kivelson ha sido demostrar que unos mapas de propiedad, relacionados con litigios olvidados, pueden convertirse en una ex-

traordinaria fuente historiográfica que permite conocer mejor la naturaleza de la servidumbre, la visión del mundo o las estrategias de integración de la sociedad moscovita.

En el siglo XVII prosiguieron las dos grandes empresas que habían comenzado en la Rusia de finales del XVI: el establecimiento de la servidumbre y la conquista del imperio terrestre. El célebre historiador ruso V. O. Kliuchevsky vinculó estos dos fenómenos entre sí, indicando que la escasez de mano de obra, que amenazaba con paralizar la economía moscovita, obligó a frenar la huida de los campesinos hacia las nuevas tierras. De esta manera los campesinos rusos, quienes (a diferencia de sus análogos en el occidente de Europa) habían sido libres durante toda la Edad Media, se convirtieron en siervos. La servidumbre sólo fue abolida en 1861, a pesar de que la lucha por su abolición había empezado ya un siglo antes.

La naturaleza de la servidumbre en Rusia, o la «fijación a la tierra», como también se llamó, ha sido objeto de enconados debates. Entre los historiadores americanos hay quienes la equiparan con la esclavitud que tuvo lugar en el Sur estadounidense, traduciendo el correspondiente término ruso como *slavery* (1), V. Kivelson descubrió que los mapas de propiedad rusos siempre reproducen las casas de los siervos, las cuales dominan el campo visual. Es un hecho sorprendente si comparamos estos mapas con las obras de los cartógrafos de la época esclavista norteamericana, quienes sólo consideraban relevante la mansión señorial e ignoraban por completo las casas de los esclavos negros, que no podían tener ninguna propiedad. De este modo, los mapas rusos sugieren que el estatus de los siervos era muy diferente del de los esclavos de Norteamérica.

Los documentos rusos también demuestran que tanto los siervos como otras personas de bajo rango podían ser citados como testigos en juicios contra personas de la nobleza, considerándose que actuaban en nombre del otro señor o en nombre del mismo zar. Para establecer la verdad de los hechos en los litigios relacionados con la propiedad, los funcionarios reales también recurrían a los testimonios de los siervos. Los mapas de la propiedad demuestran que los siervos podían actuar como demandantes, como testigos y como contribuyentes (pagando un tributo a la Corona). Incluso su «fijación a la tierra» tenía probablemente en esa época, en que los propios nobles se definían a través de la vinculación con un determinado territorio, unas connotaciones positivas: lo terrible era no tener ninguna porción de tierra donde ganar el sustento. El estatus de los siervos rusos, concluye Valerie Kivelson, era más parecido al que tenían los arrendadores del terreno en Inglaterra que al de los esclavos negros estadounidenses.

A partir de otra fuente (el diario de un oficial polaco que participó en la invasión de Moscú durante la guerra dinástica de los principios del siglo XVII, fuente que, por otra parte, no menciona la historiadora), se sabe que los moscovitas percibían esta igualdad ante la ley como uno de los rasgos más atractivos de su mode-

---

(1) Véase, por ejemplo, HELLIE, RICHARD. *Slavery in Russia*. Chicago, University of Chicago Press, 1982.

lo político. El noble polaco intentó persuadir a sus interlocutores rusos de la bondad de las «libertades», mas los rusos opusieron a las «libertades» polacas la justicia rusa: en Polonia, decían ellos, las libertades existen para la nobleza, pero los pobres no disfrutaban de ellas ni están a salvo de los abusos que cometen los nobles, mientras que en Rusia cualquiera puede quejarse de un noble al zar y recibir justicia. Esta afirmación algo propagandística necesita ser precisada. Kivelson recuerda en su libro que la peculiar cultura legal moscovita no implicaba que la nobleza y el pueblo fuesen iguales ante la ley, pero, aunque fuera desigual, la ley se aplicaba a todos: el noble que hubiese traspasado los límites de lo permitido, aunque lo hiciera con relación a un plebeyo, no estaba protegido frente a la ley.

Los mapas también relatan la manera en que los moscovitas veían el mundo. Kivelson observó que la belleza de los mapas de la propiedad no correspondía ni al prosaico objetivo de diferenciar los límites de la propiedad del demandante ni a la sequedad del lenguaje administrativo de la nota que acompañaba el mapa. Los mapas reproducen, muchas veces de una forma muy detallada, un paisaje idílico, poblado de árboles, lagos y ríos. Este paisaje suavemente ondulado está coloreado con delicados azules, verdes y ocre y adornado con las cúpulas doradas de iglesias y monasterios.

La investigadora se percató de que el lenguaje visual de estos paisajes idealizados era similar al que se empleaba para pintar los elementos paisajísticos de los iconos. Un análisis de diferentes tipos de iconos y su comparación con los mapas demostró que los cartógrafos habían seleccionado aquellos elementos que transmitían al espectador educado en esa tradición visual la idea de territorio ruso como un jardín paradisíaco. ¿Por qué representaban el mundo real, lleno de litigios y rencores, como un avance del paraíso terrenal, y para qué lo hacían si los únicos destinatarios de esos mapas eran los funcionarios de justicia? Valerie Kivelson sostiene que lo hacían porque percibían su país como un maravilloso y apacible vergel, como un lugar santo. Rusia era, para aquellos cartógrafos, la guardiana de la verdadera ortodoxia, la tierra de Dios. Observaremos, por nuestra parte, que muchas tradiciones folclóricas relacionadas probablemente con ese siglo se refieren al país como la «santa Rusia».

La segunda parte del libro está dedicada a los mapas de Siberia, que muestran las estrategias de integración que emplearon los creadores del imperio ruso. Los mapas más antiguos presentan la misma visión idílica de Siberia que ya hemos observado en el caso de la Rusia europea. Esta forma de representación resulta sorprendente, puesto que se conocen las descripciones escritas de los parajes siberianos que dejaron los rusos de la misma época. Sus textos recrean una naturaleza majestuosa, salvaje y hostil que atemorizaba al viajero, sometido a múltiples peligros. «Sentía un miedo que casi me paralizaba», afirmaba uno de estos viajeros resumiendo su viaje. No obstante, los cartógrafos optaron por representar Siberia como un mundo hermoso y apacible. Según V. Kivelson, lo que pretendían era mostrarla como una extensión de la tierra santa de Rusia, bendecida más que otros países.

Otra característica de los mapas rusos de Siberia es la detallada definición de los territorios ocupados por los pueblos nativos. Uno de los mapas reproducido en el libro muestra el espacio siberiano dividido en parcelas coloreadas de diferentes colores. Sobre cada una de las parcelas aparece escrito el nombre del pueblo al que corresponde dicho territorio. Todo ello representa un contraste agudo con los mapas españoles, portugueses e ingleses de la época, que nunca representan a los nativos como titulares de las tierras.

Dado que la mayoría de los pueblos de Siberia eran nómadas que se movían libremente y no vivían confinados en un sólo lugar, la asignación tan categórica de un territorio definido resulta sorprendente. Sin embargo, se trata de uno de los principales rasgos de la estrategia rusa de integración de nuevos territorios: el reconocimiento de la particularidad y la diferencia. El Estado ruso no estaba interesado en arrebatar las tierras a los nativos, probablemente porque era consciente de que no disponía de los recursos demográficos suficientes para ello. Lo que pretendía era incluir dentro del imperio a los nativos y sus tierras. Al igual que en la Rusia europea, su mayor preocupación era asociar los súbditos a la tierra, aunque en el caso siberiano la «fijación» se realizaba de otra manera.

La monarquía rusa tampoco estaba interesada en convertir a los nativos. El más famoso cartógrafo siberiano, Semen Rémezov, escribió una nota titulada significativamente «La organización pacífica», en la que afirmaba que «la filosofía exige de nosotros guardar la justicia en todas las cosas y (...) *no introducir novedades* (...) [las cursivas son mías-O.N].» Estas palabras resumían la actitud oficial frente a la colonización de Siberia.

El deseo de la Corona de integrar los pueblos siberianos de la forma menos conflictiva posible no salvó a los nativos de los abusos cometidos por los funcionarios, pero les permitió, según los diferentes documentos disponibles, incluidos los mapas, protestar ante el zar contra los abusos. V. Kivelson menciona casos en que la justicia del zar resolvió en favor de los indígenas. Con toda probabilidad hubo muchos otros casos en los que los ofensores quedaron impunes, pero la intención de incorporar a los nativos como sujetos políticos del imperio parece incuestionable.

La relación entre la Corona y los nativos implicaba la aceptación de obligaciones mutuas por ambas partes. Los indígenas debían pagar los tributos y servir y obedecer a la Corona, pero el zar se comprometía a protegerlos como sus súbditos leales, a mantenerlos en su tierra, a garantizarles una manutención mínima y a proporcionarles una justicia efectiva. La misma cultura legalista a la que se refería la citada respuesta rusa al oficial polaco, según la cual un plebeyo podía demandar a un noble, exigía que ante la justicia todos los súbditos fuesen iguales, independientemente de que fueran o no cristianos.

Valerie Kivelson recuerda en su libro que los grandes imperios, como el inglés, el español, el portugués y el ruso, dejaron una huella indeleble en la configuración de los territorios que ocuparon. Mientras en el norte del continente americano se observan en la actualidad las consecuencias catastróficas de la expulsión y la ani-

quilación de los nativos, en el sur del continente, mayoritariamente católico, se aprecia la importancia que dieron los españoles y los portugueses a la cristianización. También Siberia lleva la impronta del enfoque ruso de la geografía humana. Los creadores del imperio ruso renunciaron a la homogenización del territorio, tanto demográfica (sustitución de la población nativa) como ideológica (la conversión), debido a que optaron por incorporar a los indígenas como sujetos políticos, aceptando su diferencia y ofreciéndoles la misma protección legal que a los rusos.

La historiadora recuerda que el mapa de 1690 en que fueron delineados los territorios de los nativos aún no ha perdido su validez: la mayoría de los pueblos ocupan hoy en día los mismos territorios, y muchos de ellos siguen siendo fieles a la religión de sus antepasados.

Valerie Kivelson demostró que en el siglo XVII muchos conceptos importantes de la cultura política tenían una expresión espacial y pueden ser eficazmente analizados a partir de los documentos no verbales. Esto amplía tanto nuestro repertorio de fuentes históricas como nuestros conocimientos sobre el imperio ruso en vísperas de la modernidad: sobre la cultura legal de los habitantes de Moscovia, su percepción del mundo y sus formas de construcción nacional (2).

*Olga Novikova*

---

(2) La Rusia postsoviética conoce una verdadera explosión de publicaciones, tanto de fuentes originales, como de monografías dedicadas a la cultura medieval rusa (sospechosa en la época soviética de ser «demasiado religiosa»). Incluso la breve enumeración de nuevas tendencias de la historiografía rusa requeriría mucho mayor espacio del que disponemos. Por lo tanto, nos centraremos en los estudios de la cultura moscovita publicados en los últimos años en Occidente. No pretendiendo abarcar todo lo que se publica, mencionaremos aquí sólo algunos ejemplos (en inglés, sobretudo) que den una pequeña muestra de lo que se hace actualmente en el estudio de Moscovia.

La cultura legal moscovita fue objeto de interés de varios estudiosos:

- WIECKHARD, G.G.: «Due Process and Equal Justice in the Muscovite Codes», *Russian Review* 51 (1992), pp. 463-80.
- KOLLMAN, N. S.: «Honor and Dishonor in Early Modern Russia», *Forschungen zur osteuropäischen Geschichte* 46 (1992), pp. 131-46.
- KLEIMOLA, ANN M.: «In Accordance with the Canons of the Holy Apostles: Muscovite Dowries and Women Property Rights», *Russian Review* 51 (1992), pp. 204-229.

Al estudio del poder real y las elites moscovitas se dedicaron las siguientes monografías:

- MADARIAGA, I.: *Ivan the Terrible*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2005.
- BOGATYREV, S.: *A Sovereign and His Counsellors in Muscovite Political Culture*, Helsinki, Bookstore Tiedekija, 2000.
- LEHTOVIRTA J.: *Ivan IV as Emperor. The Imperial Theme in the Establishment of Muscovite Tsardom*, Helsinki, Painosalama, 1999.
- KIVELSON, V.: *Autocracy in the Provinces. The Muscovite Gentry and Political Culture in the Seventeenth Century*, Stanford, Stanford University Press, 1996.
- BERELOWITCH, A.: *La Hiérarchie des égaux. La noblesse russe d'Ancien Régime- XVI-XVII siècles.*, Paris, Seuil, 2001.
- En castellano se publicó la selección de textos de pensamiento político de la Rusia premoderna: *La Tercera Roma, El pensamiento político ruso de los siglos XI-XVI*. La selección, la traducción y los comentarios de Olga Novikova. Madrid, Tecnos, 2000.